

Universidad Francisco Marroquín

Ana Isabel Díaz, Guisella Chavarría.

Nevó durante toda la tarde. Por fin paro un poco y salí a la calle pero no había forma de caminar sin dejar huellas. Me encontrarías. Entonces llegó ella, con su flamante coche rojo y oliendo a mujer barata. Entró en tu casa por la puerta principal y yo aproveché las rodadas de su coche para alejarme. Puse cuidado en tapar la nariz con un pañuelo para que no cayeran las gotas de sangre sobre la nieve. Todavía podía recordar el momento en el que me bajaron del auto a golpes, tratando de arrebatarme a mi única hija. Recuerdo tu cara, cómo olvidarla. Entre empujones y golpes se oía a lo lejos el llanto de mi único tesoro. Un llanto de impotencia, de miedo. Lo único que te puedo agradecer es que la hayas dejado.

Fue un camino largo, mi mente completamente en blanco. Tengo presente como murmuraban el plan con la mujer que iba manejando. Asustada y afligida no pensaba en nada más que mi hija, ¿Qué sería de ella? ¿Qué haría sin su madre? ¿Será que no la volvería a ver? Varias preguntas corrían por mi cabeza. Luego, sentí el golpe, ya habíamos llegado. Un gran frío recorrió todo mi cuerpo, me aterraba pensar cuál era mi destino. Entonces, vi su cara, sentí su olor peculiar, un olor que jamás olvidaré. Pude deducir que las órdenes eran dadas por ella. Entramos a la casa, era una casa grande y desolada. Recuerdo oír su voz, iba de salida. "Ahora regreso, cuídala". No puedo explicar el miedo que tenía en ese momento, ahí entendí, era víctima de un secuestro.

Entre a la habitación, era húmeda y pequeña. No había más que una cama y un armario vacío. Supuse que desde entonces, ese sería mi hogar. Me dejaste sola y recuerdo oír el sonido de las llaves alejándose cada vez más. No tenía noción del tiempo, los minutos parecían horas. Vi la luz del carro venir, era ella, y volvió ese olor. Me pasaron la cena, un poco de arroz y una sopa que parecía ya pasada. Luego de esa horrible comida entendí; tenía que escapar. Recorrí ese cuarto de pies a cabeza y por fin encontré mi camino hacia la libertad. Era un conducto de aire. No sabía su destino pero sabía que lejos de ahí me llevaría. Decidí esperar a que la mujer se fuera y así comenzaría mi escape. Pasaron las horas y amaneció. De nuevo, un plato de comida. Era exactamente lo mismo, arroz y una sopa ya pasada. Decida tomar las cosas con calma. Terminé la comida y escuché a la mujer salir. Esa fue la señal para huir.

Abrí el conducto con todas mis fuerzas, estaba un poco oxidado. Corrí y corrí no tenía destino solo quería escapar. Me tropecé y mi nariz comenzó a sangrar. Sabía que si encontrabas la sangre, sabrías que era yo. Rasgué un pedazo de mi manga y la utilicé como pañuelo. Entonces llegó ella, con su flamante coche rojo y oliendo a mujer barata. Así fue como exitosamente logré escapar. Ahora estoy aquí esperando que esos días que estuve encerrada no fueran en vano. Y es así como narro esta historia a este jurado exigiendo justicia.